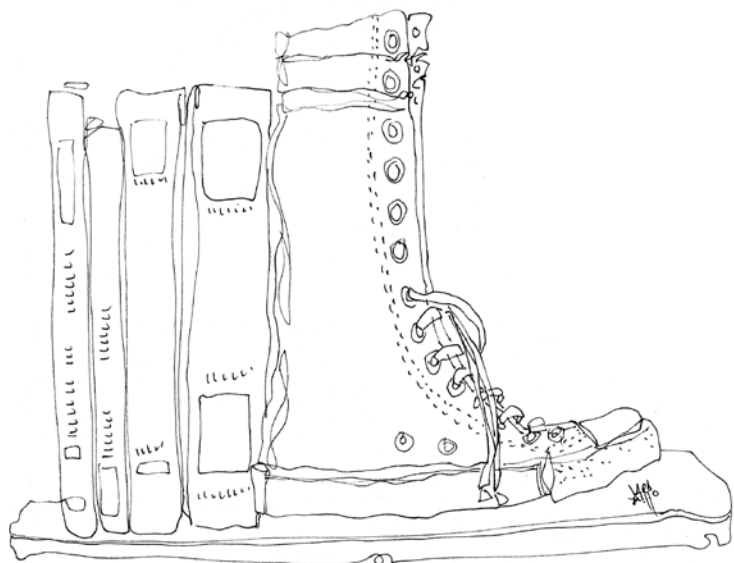


EN TORNO A LOS 20 AÑOS DE ESCRITOR DE DAVID RÓBINSON

POR ENRIQUE JARAMILLO LEVI



Si mal no recuerdo, conocí a David Róbinson hacia 1990, cuando yo era Jefe del Departamento de Letras del Instituto Nacional de Cultura. Tomó un taller de cuento que, a través de mi persona, el INAC ofrecía en el IPA. En ese taller estuvieron, entre otros, Félix Armando Quirós Tejeira y Allen Patiño, quienes pasando el tiempo se convertirían en estupendos cuentistas, aunque de producción parca y medida. También estuvo en ese taller Óscar Isaac Muñoz, quien publicaría un solo libro de cuentos varios años más tarde, muy bueno por cierto, y lamentablemente luego desaparecería del mapa literario nacional, por causas desconocidas.

Desde el INAC fui el editor del primer libro de cuentos de David: **En las cosas del amor...**, en 1991; y pasando el tiempo, desde la Coordinación

de Difusión Cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá volví a serlo, de su segundo libro de cuentos, y a mi juicio el mejor hasta la fecha: **Vértigo** (2001). Si mal no recuerdo —y conste que ya son tiempos estos en que la memoria empieza a jugarnos trucos o, de plano, le da por ausentarse, en cuyo caso inventamos, para algo somos escritores—, **En las cosas del amor...** es un libro en que las historias no tienen títulos, y en que la voz de un mismo narrador, al estilo de Sherezada, sostiene con su pulso los fragmentos que va reconstruyendo, conjunto de experiencias amorosas que terminan en fracaso. Ese libro, que David y yo tallé en diversas ocasiones en mi oficina del INAC, apareció en la colección que me saqué de la manga en aquella época al convertir, de hecho, al Departamento de Letras en una mini-editorial paralela a la

Mariano Arosemena que ya existía en la institución, pero daba pocos frutos: “Nuevas letras de Panamá”.

Aquel primero libro tenía algunos defectos, pero prevalecían a mi juicio los logros. David sabía contar historias, y sabía que tenía que encontrarle la quinta pata al gato no apareciendo él como el narrador del libro, sino creando otras instancias que, por su autonomía, tuvieran sus propias razones de ser: un lenguaje particular, personajes, atmósferas, situaciones. Si un cuentista o un novelista no entiende eso, lo que escribe son sus memorias, buenas o malas; o tal vez crónicas periodísticas incapaces de salirse de un realismo aprisionante y falto de imaginación, mas no verdaderas obras de ficción literaria. David aprendió desde el principio los secretos de la verdad estética, porque sin renunciar a la vida, a menudo estrujante o cruel, buscaba crear arte.

Con **Vértigo**, a mi juicio, lo logra ya plenamente. Hay ingenio, dominio del oficio. Hay personajes diversificados, creación de ambientes, una visión de mundo. Cada cuento de ese segundo libro es un mundo cerrado, autosuficiente. Desde ahí en adelante habría de confirmarse que hay escritor pa' rato. Y el tiempo además ha revelado, en nuevas obras, el surgimiento firme del poeta y del pensador; ambas instancias del escritor versátil que es David saben hurgar en lo sórdido pero también en la belleza que permea al mundo.

Por otra parte, me parece que es pertinente recordar que al inicio de la década de los noventa del siglo pasado --en septiembre de 1991--, reuní en un **Primer Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes** a quienes iban surgiendo por aquellos años en el mundillo de las letras nacionales. Ese cónclave, que duró tres días, dio frutos, porque no sólo se conocieron entre sí creadores que pese a lo pequeño del país ignoraban entre sí sus existencias, sino porque consolidó obras incipientes y motivó una actitud crítica frente a la realidad del país y de la literatura. De este foro convocado desde el INAC, quedó la *Memoria* que logré que se editara en esa institución al año siguiente, en la que se recogieron todas las ponencias del Encuentro; un libro titulado **Intentemos la utopía**, de 224 páginas, que puede

ser consultado en la Biblioteca Nacional "Ernesto J. Castillero R." David Róbinson, autor inédito en aquella época, participó activamente en aquel Encuentro, junto con muchos otros jóvenes escritores de esos años. Doy algunos nombres: Pablo Menacho, Porfirio Salazar, Carlos Fong, Juan Antonio Gómez, Leadimiro González, Leoncio Obando, Félix Armando Quirós Tejira y Pedro Correa Vásquez (q.e.p.d.), entre otros. Después nacerían el grupo y la revista **Umbral** (aparecieron cuatro números de esta publicación valiosa), y los talleres surgidos de dicho grupo que formaron varios de esos nuevos escritores, quienes así aprovecharon el impulso que significó en sus vidas el aludido Encuentro. David Róbinson fue partícipe de todas esas instancias.

David y yo hemos tenido fuertes divergencias, unas explícitas y otras un poco tortuosas. Ha habido épocas en que por mucho tiempo nos hemos dejado de hablar. Esto lo saben algunos amigos mutuos. Pero siempre hemos procurado, tarde o temprano, rescatar el respeto y la admiración por el otro, aunque no siempre lo hagamos a los cuatro vientos, ni a los tres vientos, ni a los dos. Ahora estamos, parece, en una buena racha. De otra forma yo no estuviera aquí, ni David me hubiera pedido estarlo y hablar hoy sobre lo que se me pegara la gana en relación a sus 20 años como escritor. Eso hago.

Decir mi verdad. Como debe hacerlo todo escritor que se respeta.

David Róbinson ya tiene, desde hace bastante tiempo, un sitio en las letras panameñas. A menudo como francotirador, como espantapájaros de las rigideces escleróticas y de los pseudo-valores del sistema y de la literatura misma. Y eso es bueno, es sano. Ayuda a avanzar. Si mi respeto por su obra se basa, en parte, en esa permanente actitud suya, irreverente y no obstante bien afincada en la tierra firme o movediza de la realidad y el arte, debo confesar en cambio que ignoro en qué se base su respeto por la mía, por mi obra. En realidad nunca me lo ha dicho, porque cuando ha prometido escribir algo al respecto ha terminado por no hacerlo. Pero eso ya es harina de otro costal, y por supuesto no importa esta noche. Lo que importa es celebrar los 20 años de escritor de David desde el respeto y la amistad. Porque se lo merece, ha trabajado duro y bien. Y porque, ya se sabe, 20 años no se fuman en pipa.

Panamá, 18 de noviembre de 2010

*Texto leído en el acto de celebración de los 20 años de escritor de David Róbinson, el 18 de noviembre de 2010 en el centro cultural "Huellas".